



ESPERANZA Y USO DE PROFESORES

Miguel Escudero

*Profesor del Departamento de Matemática Aplicada y Telemática de la UPC
escudero@mat.upc.es*

MOTIVOS políticos han puesto de moda la palabra «humanidades». Ha bastado un proyecto del Gobierno para que los políticos se hayan manifestado todos de acuerdo en potenciar esos estudios, no sin antes haber dejado claro que discrepaban en los contenidos. Es evidente que ante la opinión pública, los teóricos humanistas se presentan siempre a la zaga de los políticos.

Podría pensarse que es a causa de ser éstos «los representantes del pueblo», pero a fin de cuentas es difícil olvidar que salen elegidos casi todos mediante listas cerradas y bloqueadas, una manera caciquil que no andan dispuestos a corregir. ¿Por qué mandan, pues, los políticos en el foro? No debería olvidarse que a las puertas del siglo XXI todavía no hemos superado una enfermedad social que consiste en leer todo fenómeno humano en función de la política, lo cual denota consentimiento por el utilitarismo.

*"El tipo de hombre que hoy
predomina está poseído por la
básica creencia de que él lo
sabe ya todo..."*

Ahora bien, formamos parte de una sociedad estallante de tecnología y huérfana de lirismo, que sufre ocasionales accesos de mala conciencia al evidenciar una pérdida sin fin del sentido de las cosas y de las personas. El papel de los políticos, a pesar de su poder social, suele ser muy poco ejemplar en nuestra sociedad: buscan aparecer, con escasas excepciones, seguros de lo que no pueden estarlo.

Ahora, como hace medio siglo en el decir de Ortega, «el tipo de hombre que hoy predomina está poseído por la básica creencia de que él lo sabe ya todo -es, por definición no 'el hombre de la calle' sino el hombre 'al cabo de la calle', el hombre que no sabe no saber, el fanático». Yo creo que quizá eso explique por qué el político acaba pareciéndose más a un bravucón boxeador que a un tímido profesor.

Este otoño se cumplen cincuenta años de la fundación del Instituto de Humanidades por Ortega y Marías, *dos insensatos* que no tenían nada que perder y que invitaban a unos cuantos para trabajar en un rincón... sin requerir apoyos económicos de nadie. Hoy tiene indudable sentido pensar lo que representó aquel esfuerzo, más aún lo que pretendió ser. A pesar de su éxito, quedó interrumpido dos años después, principalmente por el desánimo personal de sus dos organizadores. Un curso de Ortega llegó a atestar el Cine Barceló de Madrid con más de 1.200 butacas.

No debe extrañar que Marías haya dicho que ese Instituto (legalizado como una dependencia de una modesta academia fundada en 1940) fue el acontecimiento cultural más importante producido en España desde el comienzo de la guerra civil, y que «hizo posibles muchas cosas de los años siguientes».

Pero la hostilidad oficial nunca abandonó a esa empresa dedicada a las ciencias de la realidad humana, que se justificaba por la voluntad de dar alguna transparencia a las cosas humanas, necesitadas de narración, de razón histórica y que perseguía el signo de la calma. Permitted probar que se pueden hacer muchas cosas que se consideran imposibles, por eso la odiaron los «hunos» y los «hotros».

Marías ha recordado que gracias a su escasa importancia, a su nula publicidad, fue una isla de total libertad e independencia. Se entiende que su recuerdo dé razón a la esperanza.

*...entre los tres momentos graves
en la vida de un hombre está el
«perder el uso de sus seres queridos»*

Angel González, poeta y académico, ha escrito en uno de sus poemas que entre los tres momentos graves en la vida de un hombre está el «perder el uso de sus seres



queridos». Ahora bien, cuando la presencia física de algunos de ellos nos falta, cuando sabemos incluso que no los podremos ver más en la actual dimensión ¿perdemos inevitablemente su «uso»? Depende. Llegado el caso, se pone a prueba la cantidad y calidad de lo que hayamos podido absorber de esa persona, lo que de ella llevamos dentro.

Impregnados de dolor por el ser ausente, ansiosos por dejarnos penetrar de nuevo por su repertorio de actitudes, quizá por su intimidad, nos asaltarán el silencio melancólico y la rememoranza. «El mundo está callado, pues es viejo / y de muchas vidas ha contado el rosario», así rezan unos versos de William Faulkner, pertenecientes a «Si yo amaneciera otra vez» y excelentemente traducidos por Javier Marías.

*«los hechos no guardan
relación con la verdad»*

El novelista norteamericano, quien por cierto llevaba siempre consigo las obras completas de Shakespeare y leía en voz alta 'Moby Dick' a su hija de corta edad, llegó a afirmar que «los hechos no guardan relación con la verdad», frase misteriosa que invita a cavilar a quien esté por la labor.

En una parte de su segundo y último libro de poesía, se preguntaba si puede haber muerte echando raíces como un árbol: «Aunque esté muerto, / esta tierra que se agarra a mí me encontrará el aliento». Parece claro que esa es la única resurrección que está al alcance de la mano humana; si la de la carne nos espera, será por la gracia de Dios.

El destino concreto del hombre es dejar raíces personales. Y para eso hace falta coger o extraer, que es lo que significa «aprender», de ahí *discere* y discípulo. La misión del «didacta» es enseñar, hacer gestos o ademanes, dar signos y señas con los que orientarse por la vida. Y en esos ensayos permanentes por vivir, cabe observar que todos estamos abocados a ser autodidactas en alguna cosa o en algún grado. Pero no hay que engañarse, no se parte de cero, cada autodidacta tiene ejemplos a los que atiende, y en cierto modo se puede decir que es un «alimentado» (esa es la etimología de alumno).

Está fuera de duda la importancia de la enseñanza en cualquier sociedad, mientras que el papel del profesor

anda hoy día desvaído. Invocando de nuevo el origen de su palabra, al profesor le corresponde declarar o confesar abiertamente sobre su «disciplina», para lo cual además de competencia le es menester entusiasmo (¿quiénes lo tienen, quiénes están en condiciones de exhibirlo?).

*Está fuera de duda la importancia
de la enseñanza en cualquier
sociedad, mientras que el papel
del profesor anda
hoy día desvaído*

Para generar alegría de vivir y contagiarla en un aula de enseñanza media, acaso también en la superior, hay que suscitar unas expectativas que van más allá del dominio de una especialidad. Esmerarse en ello daría más satisfacción a los docentes (y de paso les acarrearía más prestigio entre sus estudiantes, el único que de veras compensa los desvelos), que no el suspiro por un reconocimiento social, siempre reclamado y nunca suficiente.

¿De cuántos profesores guarda gran recuerdo el lector? Yo, de algunos, nunca muchos. Siendo muy distintos entre sí, tenían cosas en común: un trato personal con sus alumnos cuajado de veracidad y respeto, un afán enorme por que aprendieran y se hicieran hombres (o mujeres, claro está) de provecho, esto es, honrados.

*Para generar alegría de vivir
y contagiarla en un aula de
enseñanza media, acaso también
en la superior, hay que suscitar
unas expectativas que van
más allá del dominio de una
especialidad.*

Quienes han tenido una experiencia similar han quedado marcados y su recuerdo renueva la «utilidad» de aquellos profesores, siempre pocos, que hacen perdurar la estela del magisterio. Esos maestros llevan dentro el secreto de muchos buenos profesores.